

Comisión Médica de Texas informó que un agente del Tesoro yanqui, investigador de Billie Sol Estes...” se había suicidado en Pecos”. Pero el cadáver fue exhumado por orden de la Comisión Senatorial, y se le encontraron cinco balas en el cuerpo.

El primero de noviembre de 1963, los directores de las tres compañías de acero más grandes en los Estados Unidos, se reunieron de emergencia. ¿Por qué? Porque habían sabido que el Departamento de Justicia había ordenado incautarse de todos los archivos de las más grandes compañías del acero, para iniciar las audiencias de un Gran Jurado en Nueva York, con el cargo de ejercer actividades monopolísticas. Las investigaciones, de acuerdo al informe confidencial, serían llevadas por el Departamento de Justicia, hasta el año 1956. Era la catástrofe, que dejaría la desgracia de la General Electric sólo como un pequeño incidente. El reportero económico de la revista Time, escuchó decir a uno de los gerentes de la U.S. Steel: “Estamos intrigados, fastidiados, ofendidos y ... locos”.

Veintidós días más tarde, Kennedy fue asesinado en Dallas.

## defensa

Uno de los mejores negocios para “el libre juego de la libre empresa”, son los contratos gubernativos a través del Departamento de Defensa. Ya vimos como el acero perdió de ganar mil millones de dólares a costa del Gobierno, después de ser destrozado públicamente por John Kennedy.

Kennedy puso en el Ministerio de Defensa a un hombre famoso por su espíritu investigador en la industria: Robert McNamara. Y Robert McNamara cumplió las exigencias de Kennedy. Dedicó todo un equipo de ingenieros a estudiar los costos de la defensa, en función de las compañías particulares. McNamara llegó a la conclusión de que “la libre empresa” ganaba 97 centavos demás por cada dólar, en los contratos federales.

John Kennedy, basado en los estudios de McNamara, logró hacer aprobar por el Senado la ley Hebert, que permite al Departamento de Defensa tener acceso a los libros de las compañías que ganan contratos con el gobierno, y revisar si los costos están bien. Se había acabado la "época dorada del negocio de los grandes con el Gobierno".

De acuerdo con los cálculos de McNamara, este año, 1964, el gobierno ahorraría mil millones de dólares en la construcción de sus armas, y en cinco años más, el ahorro será de 5 mil millones de dólares... Si McNamara y su equipo siguen en el puesto, naturalmente.

Este anuncio de McNamara ocurrió en octubre de 1963. Los contratos para 1964 fueron concedidos, con ahorro de mil millones de dólares para el contribuyente. Por eso, cuando el presidente Lyndon Johnson, en enero de 1964, anunció que era hombre de paz, y por lo tanto reducía en mil millones de dólares los gastos de defensa, McNamara tiene que haber sonreído con tristeza. Ocurre que la construcción EN CANTIDAD de armas no ha disminuido... lo que disminuyó fue lo que se paga por ellas. Y eso fue obra del Gobierno de Kennedy. La incógnita es si ahora, con el poder legalizado obtenido por Kennedy, Johnson se atreverá a cercenar mil millones de dólares por año en las ganancias de los que contratan con el gobierno (U.S. Steel; Dupont de Nemours; General Motors, Standard de Nueva Jersey y otros).

Además de esa tarea, McNamara recibió otra de parte de Kennedy: obtener el control absoluto, desde el Departamento de Defensa, del Pentágono. Y McNamara también lo consiguió.

Dijo Leslie Arends, del Comité de Servicios Armados de la Cámara de Representantes:

"Tenemos en el hecho, si no en el título, un solo Jefe de Estado Mayor en el Ministro de Defensa, McNamara. Aunque nosotros estipulamos en la Ley de Unificación que las fuerzas armadas deben estar bajo control civil —ya que es esencial que en nuestra forma de gobierno exista ese control—, por ningún momento nos imaginamos que el control

civil se iba a convertir en una dictadura civil en la planificación militar, como ocurre ahora”.

En febrero de 1963, el Jefe de Operaciones Navales en Estados Unidos, almirante George Anderson, testimonió voluntariamente en el Senado para decir que “la marina necesita más hombres, más barcos y más aviones que lo que el presupuesto de McNamara propone”. Dos meses después, Anderson fue enviado a Portugal como embajador, y reemplazado en el cargo de Jefe de Operaciones Navales. Dijo Anderson, al irse: “Uno está obligado a inclinarse delante del señor Kennedy, y quien se le pone por delante, es noqueado... Me parece que la supercentralizada estructura impuesta por Kennedy a través de McNamara, conduce al abuso del poder”.

La semejanza con los argumentos de los hombres de negocio es realmente notable. Pero ocurre que la preocupación de John Kennedy por dominar también las fuerzas armadas, tiene que ver con los hombres de negocios. La marina de Estados Unidos es el principal comprador de petróleo de los grandes del imperio de ese producto. La Fuerza Aérea también, pero en bencina superfina. Y el Ejército, de la General Motors. Están demasiado cerca de la tentación... y varios militares han sucumbido. Hay ejemplos de sobra en la primera parte de este reportaje.

Es un círculo vicioso. Muchos yanquis recuerdan sonrojados que Eisenhower nombró Secretario del Ejército, a Robert Stevens. Y Stevens es dueño y presidente del imperio textil J. P. Stevens. Y hacerse cargo de las telas que consume el ejército... es un negocio gigantesco.

Tal vez habría que completar la confesión pública del general de la marina yanqui, Smedley Butler, que al hablar de sus 33 años en la marina (párrafo anterior en la primera parte de este reportaje), terminó diciendo:

“Durante todos esos años tuve, como algunos podrían decir con gracia, una banda a mis órdenes. Fui recompensado con honores, medallas y promociones. Pensándolo bien, creo que superé bastante el record de Al Capone. Lo mejor

